

A los diez años de la caída de Krutchev

LAS ETAPAS DE LA URSS

HACE diez años, el 15 de octubre de 1964, se publicó en Moscú un comunicado del Comité Central del partido comunista: Krutchev, primer secretario general del partido, había sido liberado de sus funciones por una reunión del Presidium celebrada el día 13 y ratificada por el Comité Central el 14. El cargo de secretario general lo ocuparía Brejnev; el jefe del Gobierno, Kossiguin. Las razones públicas: «Su edad avanzada y la agravación de su estado de salud». Quienes le habían visto de cerca en aquellos días se sorprendieron: Krutchev parecía encontrarse perfectamente, a pesar de sus setenta años. Los había cumplido en abril —el 17— y había recibido la felicitación de aniversario del partido, leída por Mikoyan, en la que se incluía esta frase: «Celebramos hoy el cumpleaños de un hombre de media edad que se encuentra, como veis, en la flor de sus fuerzas...». En los primeros días de octubre había visitado granjas agrícolas en Crimea; el 5 de octubre estaba en Berlín Este para celebrar el 15 aniversario de la existencia de la República Democrática de Alemania; el 12 de octubre se le había visto en la televisión hablando por teléfono con un equipo de astronautas. Y el mismo día 13, cuando se iba a reunir el Presidium que le destituiría, Krutchev recibía al ministro francés Palewski y le decía esta frase, refiriéndose a De Gaulle: «Sólo la muerte puede separar de sus funciones a un hombre de Estado». Tanto él como De Gaulle morirían totalmente apartados de sus fun-

ciones políticas y públicas. Krutchev moriría siete años después: un entierro discreto y seis líneas en la «Pravda». Ahora, tres años después de su muerte y a los diez de su pérdida de poder, sobre la tumba se ha erigido un busto, por

realmente popular en el país y en el mundo a partir del XX Congreso: le correspondió la difícilísima tarea de desembarazar a la política soviética de la carga de Stalin y abrir las puertas de la coexistencia. Ambas cosas estaban estreche-

Juan Aldebarán

cuenta de la familia y con unos cuantos amigos fieles en la breve ceremonia. Y al conmemorar los diez años de poder de la nueva línea, en un artículo de tres páginas y media de la «Pravda» del domingo 13 de octubre, el nombre de Krutchev no aparece por ningún sitio. En realidad, sólo aparecen dos nombres propios: Brejnev y Lenin. La etapa anterior, la etapa de Krutchev, aparece criticada en unas cuantas líneas: «manifestaciones de subjetivismo y de voluntarismo». Son, más o menos, las que se publicaron tras la caída de Krutchev, acompañando indirectamente la versión oficial de la enfermedad y la vejez: había que terminar con el «subjetivismo» y dotar al país de una dirección «científica». El estilo del partido ahora es «científico», dice, utilizando la misma palabra de hace diez años, la «Pravda»: entonces, como aspiración; ahora, como consecución.

La era de Krutchev había durado diez años, aproximadamente. Había sido primer secretario general del partido en 1953, y reunió a este cargo el de jefe del Gobierno en marzo de 1958. En los primeros años, su poder estaba compartido. Sin formularlo directamente, la dirección era colegial. Krutchev fue

mente ligadas: para Occidente —para los Estados Unidos—, Stalin era un enorme lastre; mientras su imagen perviviera, la coexistencia sería extremadamente difícil, si no imposible. En el XX Congreso —febrero de 1956—, Krutchev echó sobre Stalin las culpas del «culto a la personalidad»; el régimen había realizado enormes progresos, pero a veces se había violado la legalidad socialista, se había castigado a personas sin culpa: Stalin había perdido la cabeza... «Habríamos podido evitar muchos de los defectos que combatimos hoy si en su momento, en los diversos escalones del partido, no hubiera habido una satisfacción beata, y unas tentativas de disfrazar la realidad». Krutchev apartó de la dirección del partido a quienes no estaban conformes con esta política, y lo expresaban, a algunos de los más inmediatos colaboradores de Stalin. Sin embargo, no destruyó enteramente la maquinaria stalinista. Lógicamente, al inaugurar una política de democracia en el partido debía admitir críticas, discusiones, enfrentamientos. Y así fue, en cierto modo, hasta el momento en que, dueño del poder, comenzó a su vez a practicar una política personal. Dos hechos concretos marcaron

la década de Krutchev en el poder: una mejora sustancial de las condiciones de vida en la URSS y una apertura hacia el exterior. Las arbitrariedades stalinistas terminaron. El nivel de vida subió, la amenaza de muerte, prisión o destierro dejó de pesar sobre los ciudadanos soviéticos y comenzaron a aparecer las primeras disidencias. Y Krutchev ofreció al mundo un rostro que podía reír a grandes carcajadas o ser extremadamente colérico, pero que, en cualquier caso, era expresivo, directo. Krutchev era un aldeano y se vanagloriaba de sus orígenes: contaba chistes, historietas campesinas, aplicaba el refranero como cita en lugar del dogma. Podía tener situaciones de una firmeza extraordinaria, como en el famoso asunto del U-2, en que se enfrentó, en París, a Eisenhower, culpable de enviar aviones espías a la URSS y de negarlo después —cuando había pruebas de la realidad—, sosteniendo así una larga y difícil situación en un territorio hostil. Era un brillantísimo experto en relaciones públicas ante Occidente: probablemente, porque actuaba con naturalidad. Podía detener su coche en el bosque de Fontainebleau para ponerse a partir leña con los leñadores franceses y explicarles el sistema de hacerlo en la URSS, cuando le estaba esperando De Gaulle; podía, en Hollywood, cuando presenciaba los ensayos de «French Can Can» y veía a las coristas, decir la famosa frase: «Prefiero ver el rostro de la Humanidad a sus traseros»; podía quitarse un zapato y golpear con él el pupitre solemne de las Naciones Uni-



Krutchev, durante la celebración del 1 de Mayo en Moscú, un año antes de ser relevado de sus funciones. Junto a él, Castro, Brejnev y Mikoyan.



Dos hechos concretos marcaron la década de Krutchev en el poder: una mejora sustancial de las condiciones de vida en la Unión Soviética y una apertura hacia el exterior. En la foto, Krutchev, con su esposa, en octubre de 1963.

das... En una reunión con los otros «grandes» del mundo, Krutchev se llevaba siempre la primera página de los periódicos.

Supo hacer algo más: establecer las bases reales de la coexistencia. Los Estados Unidos se acababan de desembarazar también de la rigidez de la guerra fría —Eisenhower había terminado su periodo electoral; Nixon caía ante el empuje nuevo de Kennedy— aun en momentos de crisis como la del bloqueo a Cuba. A Krutchev se deben los «teléfonos rojos», que unirían la Casa Blanca con el Kremlin; los primeros pasos para una prohibición de pruebas atómicas, y el cruce continuo de mensajeros entre Moscú y Washington. La época Kennedy-Krutchev es la base de la política en que todavía estamos viviendo hoy, a pesar de sus sobresaltos y de sus interregnos. Un crítico permanente de la política soviética, Isaac Deutscher, dice que «no es posible hablar de una "era Krutchev"... El krutchevismo no ha representado ninguna idea grande y positiva (ni siquiera una política) propia». No es una frase justa. Representó un estilo, una apertura, una dirección, y sus sucesores borraron a Krutchev, pero no borraron enteramente el krutchevismo (de la misma forma que él no pudo borrar enteramente el stalinismo: un país es un «continuum» en el que nadie parte de cero nunca, aunque quiera destrozar el pasado, que siempre sobrevive; mucho más aún en un régimen de las características del soviético).

¿Por qué cayó Krutchev? La explicación más frecuente y más oficial es la de que fracasó en el planteamiento de la política agraria, en la que quiso hacerlo por su condición de campesino y no con-

siguió más que fracasar. Probablemente es sólo parte de una historia. En la URSS hay, como en todas partes, poderosos grupos de presión. Bajo Stalin existían también, pero estaban frenados: no sólo por la dureza represiva de Stalin, sino también por su calidad de mito infalible. Krutchev no había llegado al poder con el mito de la infalibilidad. Más aún, su programa de destalinización había abierto vías libres a la discusión de los temas: era, por tanto, discutido. Algunos grupos —hablamos siempre de grupos de poder, significativos— le reprochaban ser el culpable directo de la ruptura con China. Acusación muy grave, porque la ruptura con China significaba la primera gran fisura en el comunismo mundial después del trotskismo. Se había enfrentado con los «devoradores de acero» y con «la fortaleza de la industria pesada»: es decir, había pretendido que la economía se derivara en cierto modo hacia una producción de artículos de consumo, y que había que sacrificar a otros sectores en favor de la química y de los abonos, «moderando un poco y de manera provisional los ritmos de crecimiento en determinados sectores industriales». Comenzó a practicar lo que en la jerga se llama «shablon»: la consigna emanada desde la autoridad hacia los centros de producción, sin tener en cuenta las necesidades reales de éstos. Stalin lo había hecho incesantemente; pero Stalin era indiscutible, y probablemente, Stalin tenía más en cuenta de lo que parecía las opiniones de expertos y técnicos, aunque las resumiese en su propia voluntad. Un «shablon», una consigna de Stalin, probablemente estaba mejor informada previamente que una de Krutchev. Es-

taban también los stalinistas más o menos clandestinos: los que temían que una reforma interior de costumbres, una manera de dirigir el país sin represión, un pluralismo de opiniones (dentro del partido), pudieran acabar con el comunismo en la URSS. Y grandes grupos militares. Las restricciones en la producción de acero y en la industria pesada gravitaban sobre el armamento. Los presupuestos militares comenzaban a reducirse. Y la política de coexistencia pacífica podía parecerles suicida. Elementos profundamente conservadores, los militares estimaban que si la URSS había sobrevivido en casi cincuenta años de cerco exterior y de agresiones internacionales, se debía exclusivamente a la fuerza del Ejército Rojo. Todo este conjunto de opiniones era demasiado fuerte para que Krutchev pudiera resistirlo. Probablemente sin el viejo reflejo de la permanencia en el poder, del inmovilismo, de la necesidad de no ofrecer sensaciones de discordia, la ofensiva contra Krutchev habría comenzado mucho antes y se habría resuelto mucho antes.

La caída, sin embargo, debía estar marcada por la discontinuidad. Brejnev y Kossiguin, entre quienes se dividieron los dos cargos (secretario del partido y jefe del Gobierno), tenían que mostrar un rostro gris y sin expresión donde Krutchev había sido sonriente o colérico: era el rostro impersonal de la dirección colectiva, que debía sustituir al del carácter personal. Algunos elementos del stalinismo volvieron y han vuelto a resurgir: represión de las disidencias, de los intelectuales. Pero moderados ya por los elementos krutchevianos: sin sangre y con el menor

número posible de prisiones. La política exterior no ha variado más que en su ritmo: la coexistencia, que con Krutchev avanzaba rápidamente, se ha hecho más cautelosa, más prudente. Pero no sólo por razones de la URSS, sino porque el mundo occidental no es el mismo que en tiempos de Kennedy; Johnson y Nixon han cambiado también el ritmo de los Estados Unidos. La política interior se ha vuelto bastante más secreta que en los tiempos de Krutchev; la exterior, menos espontánea y audaz. El cargo de jefe de Gobierno ha ido perdiendo, poco a poco, importancia: Kossiguin está en la sombra, mientras Brejnev ocupa el primer lugar. Se ha disipado, por tanto, algo de lo buscado: la dirección colegial, aunque se siga manteniendo oficialmente. Los grupos de presión siguen actuando, pero son menos visibles. Las democracias populares de Europa han cesado en sus esfuerzos mayores de reconversión —la crisis de Checoslovaquia, en 1968, se ha achacado aún a Krutchev, al Gobierno de Krutchev, pese a que había cesado cuatro años antes—, aunque mantienen sus puntos de vista de política propia. Se han conseguido los acuerdos con Alemania Federal, y el entendimiento global con los Estados Unidos adelantado...

La «Pravda», al conmemorar el décimo aniversario del poder de Brejnev, hace un balance positivo. Pero no deja de dibujar un mundo amenazador. «El partido comunista de la URSS y el Estado soviético toman en consideración la complejidad de la situación internacional actual. Las maniobras de los enemigos de la paz y del progreso no cesan, e incluso se intensifican. Los acontecimientos recientes en el Mediterráneo constituyen una nueva prueba del papel negativo que representa en la vida internacional el bloque de la OTAN, de la incompatibilidad entre su existencia y sus objetivos políticos con los intereses de la libertad y de la seguridad de los pueblos. Los medios agresivos imperialistas intentan aprovecharse de todas las posibilidades para hacer penetrar en los países del socialismo la ideología y la moral burguesas reaccionarias, que nos son extrañas. Los dirigentes actuales de Pekín intentan torpedear el entendimiento. Todo ello hace indispensable acrecentar la vigilancia política, estar siempre dispuestos a dar la respuesta a todas las maniobras de los adversarios de la paz».

Palabras, sin duda, con las que el grupo de poder justifica una política interior rígida. Podían cambiarse algunas palabras y nos encontraríamos con los comentarios propios de otros países con situación política inversa. ■